

SOBRE LA ESTRATEGIA NAVAL EN LA GUERRA HISPANO-AMERICANA DE 1898

Pedro José GINER LARA
Capitán de fragata

PREÁMBULO

Es imprescindible el comenzar, aunque brevemente, con unas palabras de agradecimiento al Instituto de Historia y Cultura Naval y a la Comisión Española para el estudio e investigación de la crisis colonial de 1898 en las personas de su director Excmo. Sr. Almirante D. José Ignacio González-Aller Hierro y del C. N. D. Ricardo Cerezo Martínez, coordinador del presente ciclo, por la amable invitación cursada para participar en este seminario que se está desarrollando sobre los *Aspectos navales en relación con la crisis de Cuba, y en una entrañable extensión, y Filipinas, de 1895-1898.*

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos metidos de lleno en el aniversario, en el centésimo aniversario, de lo que se ha venido en llamar la crisis del 98. No seré yo el que cambie el título del aniversario para respetar el genérico de las jornadas de historia marítima que hoy nos han traído hasta aquí, pero me voy a tomar la libertad de titular a esta época, que hoy recordamos, como el año del *Acontecimiento Internacional*, tal y como lo denominó Jesús Pabón en un estudio del año 1952.

Intentaré huir de los calificativos, del desastre, del victimismo, la descalificación y el pesimismo para centrarme en los aspectos, conceptualmente más importantes que, en el campo de la estrategia naval, precedieron, y posteriormente condujeron al encuentro entre las fuerzas navales de dos países: España y los Estados Unidos.

Dos países que a lo largo del siglo XIX recorrían el camino de la historia en la misma dirección, pero en sentido contrario.

España, surcados los caminos de la mar, deja de ser la potencia que ha sido tras un esfuerzo sostenido y solitario. Durante más de cuatro siglos el trabajo de un pueblo y su poder marítimo habían hecho posible el seguir abriendo estelas.

Los Estados Unidos, finalizada su consolidación como Estado, aprovechando los factores de un país joven, sin necesidad de consumir energías en innovar, y buscando afirmar su propia identidad, emergía en el orden mundial que se conformaba, a finales del siglo XIX, como un gran poder.

Los distintos factores que ensombrecían las relaciones entre España y los Estados Unidos están siendo expuestos a lo largo del seminario. Las sombras de la guerra de la década de 1880 la guerra era posible, a partir de 1894 la posibilidad se va convirtiendo en una irremediable certeza.

Las joyas de la Corona, las perlas del Oriente y del Caribe, estaban en el punto de mira de los Estados Unidos. Una vez alcanzada la serenidad perdida durante la Guerra de Secesión, consolidados los objetivos que se fijaron tras ésta, en el campo interior, como continuación de las que venían persiguiendo desde su independencia de Inglaterra, había llegado el momento de proyectar la tierra sobre la mar hasta donde ello pudiera ser posible.

En el Pacífico abarcando el cono que comprende desde el territorio peninsular hasta el Japón y el estrecho de Malaca sin entrar en el territorio continental. En el Atlántico hasta el estrecho de Gibraltar y la ruta del Cabo.

La asunción por parte de Inglaterra de la doctrina Monroe en el año 1895 y la de los conceptos estratégicos básicos de aquélla por parte de los Estados Unidos, hace que, en una especie de nuevo tratado de Tordesillas, ambos países dividan el Mundo en dos grandes zonas geoestratégicas.

En virtud de ello, Inglaterra deja el Pacífico en manos de los estados Unidos y éste renuncia al Atlántico, reservándose el derecho a intervenir en el Caribe por la importancia geoestratégica que representa su situación geobloqueante del territorio continental.

Llegado el momento inaplazable del encuentro en el cruce de la historia resulta evidente que cada uno de los contendientes tendría que aplicar un estrategia particular que le permitiera alcanzar los objetivos que se hubiera marcado.

En los próximos minutos veremos cómo era, en cada caso, la estrategia naval considerada y cómo se aplicó en el nivel de la conducción de las operaciones.

ESTRATEGIA NAVAL

La estrategia, en sentido amplio, es una línea de pensamiento, una forma de razonamiento, que permite determinar, en cada momento, la línea de acción más adecuada para alcanzar los objetivos que se asignen mediante la correcta aplicación de unos medios y sus formas de actuación.

La estrategia no es algo a lo que se acude en caso de necesidad. Es un proceso global y multidireccional en el que todos los poderes del Estado entran a formar parte.

El estudio de la situación general y su evolución, determinarán unas necesidades a las que atender. Los medios disponibles nos permitirán conocer las carencias que limitan la consecución de los objetivos; lo que hará posible el reconsiderar éstos o el complementar aquéllos. Esto es su ciclo vital.

Éste debe ser un proceso que se realimente; en cada etapa hay que conocer el porqué hay que tener esos medios y qué medios son los más adecuados.

La estrategia naval, en ese sentido amplio, debe, en paz, mantener un poder naval, suma vectorial de una fuerza moderna y equilibrada, unas bases de apoyo a esa fuerza

donde se le asegure el sostenimiento y el mantenimiento y una amplia base socio-cultural donde apoyarse continuamente.

La estrategia naval debe dedicar su esfuerzo a conseguir ese poder en tiempo de paz y demostrar la firme intención de usarlo, si llegara el caso, aplicando los planes necesarios.

En sentido estricto la estrategia naval tiene como objeto obtener, asegurar y explotar el dominio del mar.

La batalla decisiva, la Flota en potencia, y el bloqueo son los métodos conceptualmente tradicionales para obtener y asegurar este dominio del mar.

El ataque a las líneas de comunicación del enemigo, la proyección del poder naval sobre tierra o la defensa de la costa propia contra la invasión son, en el mismo plano conceptual, las formas de explotar ese dominio.

La estrategia naval tiene una misión, conseguir los medios necesarios para obtener, asegurar u explotar el dominio del mar.

En sí misma la estrategia es incapaz de conseguir su objetivo, de cumplir su misión, el volumen de los medios sería, simplemente, desorbitado. Es asignación de diversos cometidos.

Esos cometidos se complementan para ser más eficientes, uno de ellos será la elaboración de los planes correspondientes, el otro la obtención de los medios, el resultado de la aplicación para conseguir el dominio del mar.

LOS PLANES

Los planes de los Estados Unidos

En 1884, y prácticamente coincidiendo con el período de paz más largo del que disfrutaban los Estados Unidos desde su independencia, el almirante Stephen B. Luce fundó, en Newport, en la Coaster's Harbour, de Rhode Island, en lo que había sido el antiguo asilo de la ciudad, la Escuela de Guerra Naval de los Estados Unidos.

La guerra en la mar estaba cambiando y estaba cambiando rápidamente; las lecciones aprendidas del estudio de las guerras del pasado no podían ser aplicadas con facilidad ni a las operaciones del momento ni a los planes de guerra que se pudieran establecer para el futuro.

Desde la batalla de Hampton Roads, en 1862, en la Guerra de Secesión, el vapor había sustituido a la vela, los cañones de retrocarga disponían de un alcance, precisión y cadencia de tiro desconocidos, la coraza de acero, el torpedo, el buque torpedero, el destructor, habían revolucionado la guerra en la mar. Cualquier gran nación tenía un muestrario de todos esos adelantos en su arsenal; el problema estribaba en que nada había sido probado en combate, la experiencia de los estudiosos de temas navales era realmente escasa. Para suplir estas carencias, los teóricos tenían que hacer uso de rudimentarios, y en algún lugar todavía usados, juegos de guerra donde los oficiales, alrededor de tableros o sobre el suelo, movían flotas en miniatura sobre mosaicos en colores.

La pregunta que había que contestarse era: ¿Qué pasaría si...?

En el año 1894 y coincidiendo con un nuevo levantamiento en Cuba, el capitán de corbeta Charles J. Train se enfrentó a esta pregunta: ¿Qué pasaría si los Estados Unidos entraran en guerra contra España?

El objetivo de la guerra, según este estudio, podía ser tanto Cuba como Puerto Rico. El segundo, Puerto Rico parecía ser fundamental para las operaciones de España en el Caribe y, por lo tanto, podía esperarse que fuera el destino final de una esperada Escuadra de refuerzo aunque el fondeo en San Juan está muy lejos, desde el punto de vista militar, de ser seguro, algo que fue tenido en cuenta por los planificadores navales de los Estados Unidos.

Lo que estaba fuera de toda duda es que no se podía actuar sobre las dos islas al mismo tiempo al ser consideradas ambas flotas contendientes similares. Tampoco una manifiesta superioridad hubiera justificado operaciones contra las dos islas a menos que tal superioridad hubiera sido total en ambos puertos a la vez.

Todos los estudios llevaron a considerar a Cuba como el objetivo principal de esta guerra dejando para España, sin disputa, las posibles ventajas de conseguir Puerto Rico.

El problema se materializó tanto en el plano individual como en el de las alianzas en las que Francia se aliaba con los Estados Unidos e Inglaterra con España. La principal diferencia entre ambos trabajos era que, en el plano individual, no se cuestionaban un desembarco en Cuba hasta que la Escuadra española hubiera sido destruida y los segundos propugnaban por tal desembarco antes de que las tropas de la alianza española llegaran al Caribe.

Los resultados concluyeron en que la guerra se centraría en el escenario del Caribe y quien obtuviera el control del mar obtendría la victoria. La principal parte de la escuadra española se concentraría en Cádiz y cruzaría el Atlántico. Los Estados Unidos bloquearían los principales puertos cubanos y se apoderarían de algunos para usarlos como estación de carboneo. El capitán de corbeta Train preveía un encuentro naval de gran envergadura entre las dos fuerzas navales principales en el que la ventaja estaría del lado de los Estados Unidos debido a dos factores principales, la falta de carbón y al cansancio en la Escuadra española después de la travesía del Atlántico.

El año siguiente, 1895, la Escuela de Guerra Naval volvió a considerar el mismo problema aunque las hipótesis de partida variarían sustancialmente. La guerra se extendía y los Estados Unidos atacaban las posesiones españolas en el Pacífico. Esto obligaría a repartir el esfuerzo en dos teatros de operaciones, aunque el principal seguía siendo el Caribe. Los estudios preliminares mostraban que España tardaría 30 días en reforzar Cuba; mientras tanto los Estados Unidos desembarcarían un contingente de 280.000 hombres para conquistar La Habana. La mitad este de la isla quedaría en manos de los independentistas. El objeto principal de la intervención militar de los Estados Unidos era expulsar del Caribe a un potencia como España y obtener en la isla de Pines (hoy de la Juventud) una estación naval.

En el año 1896, las relaciones hispano-norteamericanas estaban deteriorándose rápidamente. La actuación del general Weyler en la isla proporcionaba a los Estados Unidos una excusa más en la estrategia de preparación de una nación para una guerra que se consideraba inevitable.

Durante el juego de la guerra realizado en esta ocasión, la escuela contó con el asesoramiento, por primera vez, de un oficial de inteligencia del Departamento de la Marina, el teniente William Wirt Kimball que elaboró, el 1 de junio, un documento con las principales líneas de actuación para ser tenidas en cuenta en el caso de una guerra contra España. De acuerdo con este plan, la guerra se desarrollaría íntegramente en la mar, dejando que fueran los independentistas, quienes soportaran el peso del enfrentamiento con el poderoso Ejército español en tierra firme. Esto permitiría explotar el factor sentimental y psicológico como beneficio para las relaciones cubano-norteamericanas después de la guerra. El Gobierno de la República de Cuba debía ser legitimado por sus ciudadanos ayudado con la aplicación del poder naval de los Estados Unidos, y no por la invasión y conquista de un territorio español por parte de un país extranjero.

Como en los planes anteriores el principal teatro de operaciones sería el Caribe, pero el plan de Kimball proponía dos campañas suplementarias. Por una parte un escuadrón naval se enviaría a las costas españolas con un triple objeto, mantener a la Escuadra española en las proximidades del territorio peninsular, llevar a cabo ataques al tráfico comercial y efectuar ataques contra las ciudades españolas. En segundo lugar el escuadrón asiático capturaría Manila como moneda de cambio en las conversaciones de paz.

A finales de 1896 la guerra con los Estados Unidos, desde el punto de vista de ese país, era algo más que un asunto teórico. El plan Kimball, y los posibles planes españoles elaborados por el director de la Escuela de Guerra Naval capitán de navío Henry C. Taylor y su claustro, fueron examinados por un grupo especial del Departamento de la Marina que elaboró un alternativo en diciembre en el que se eliminó cualquier aventura en Europa. A principio de 1897 se corrigió el anterior que fue aprobado el 30 de junio.

El plan era una síntesis de los planes previos. Se establecería un bloqueo de la isla de Cuba. El escuadrón asiático atracaría y capturaría Manila. Durante los 30 días estimados para la llegada de los refuerzos desde España, se prepararía en Tampa una fuerza de 30.000 hombres para la invasión de Cuba y Puerto Rico. En Cuba se desembarcaría en la parte noroeste para proceder con la captura de La Habana. Las acciones militares en la parte este se dejaban a cargo de los insurgentes a quienes se aprovisionaría con armas y material.

El plan de guerra contra España estaba elaborado completamente a finales de 1897.

Los planes de España

La hipótesis de una guerra contra los Estados Unidos se contemplaba también en España, en marzo de 1896 el almirante Cervera expresaba sus temores de que el conflicto con los estados Unidos, tras los graves acontecimientos de 1895 en Cuba y Filipinas, aunque parecía un poco más lejano, en cualquier momento podía renacer.

La idea principal era que el conflicto, si se producía, debería resolverse en la mar y que quien obtuviera su control obtendría la victoria. La Flota no debería dividirse para operar en fuerza allá donde se estimara necesario pero se consideraba

que el Caribe sería la última prioridad tras la protección de nuestras costas y la del archipiélago filipino.

En enero de 1898 la apreciación del almirante Cervera era la de los analistas americanos, es decir, la guerra. Esta opinión parecía ser compartida por el ministro de Marina Segismundo Bermejo, que no interpretaba como signo de buena voluntad, sino como demostración de fuerza, las continuas visitas de buques de guerra de los Estados Unidos a los puertos cubanos mientras el grueso de su Flota se encontraba en las Tortugas Secas y en Cayo Hueso realizando ejercicios.

Ante el deterioro de la situación, el 12 de febrero de 1898, se solicita del Ministerio la documentación necesaria que permita elaborar los planes necesarios para una guerra inminente.

La información presentaba un profundo interés por todo cuanto tenía relación con el Caribe, situando a las Islas Canarias como preocupación, lo que puede interpretarse como un cambio en el pensamiento estratégico del Almirante que sustituía el teatro de operaciones principal, el Pacífico por el Caribe, y la defensa de las costas peninsulares por las del archipiélago canario.

Los planes previos consideraban que la Escuadra peninsular se encargaría de la protección de las costas y los archipiélagos de Canarias y Baleares. La escuadra del Caribe tendría como misión garantizar las comunicaciones a través del golfo de Méjico para asegurar el tráfico mercante con la península, destruir la principal estación naval norteamericana en la zona, que se encontraba en Cayo Hueso y bloquear las costas del Atlántico para interrumpir su comercio con Europa. Todo ello sin renunciar a establecer una batalla decisiva que permitiera obtener el dominio del mar.

El archipiélago filipino se reforzaría a la vista de la evolución de la situación, pues no se consideraba que los Estados Unidos tuvieran interés, en ese momento, por un territorio tan alejado de sus costas. Aun aceptando lo evidente de la expansión norteamericana en el Pacífico, se creía que las islas Hawaii serían su límite occidental.

Después de lo hasta aquí someramente expuesto al hablar de los planes puede quedar la impresión de que los Estados Unidos lo tenían todo previsto y que España no. Nada más lejos de la realidad. Los planes estaban listos en ambas partes, pero debemos hacer dos observaciones que se nos aparecen como importantes.

En tanto en cuanto los Estados Unidos ya habían considerado la necesidad de disponer de personal especialización para la redacción de esos planes, España daba la impresión de no ver así las cosas.

El resultado parece corroborar esta afirmación y así, mientras la Escuela de Guerra Naval de los EE.UU. nace en 1884, la española no lo hará hasta 1925, y el Estado Mayor de la Armada, que en sus orígenes puede ser considerado el intento inicial, de obtener estudios especializados, fue estrella fugaz (1895-1899).

El tratado sobre hipótesis, de los Estados Unidos, parecía ofrecer mejores resultados que las acciones de España a efecto de conclusiones extraídas de los hechos consumados.

Los planes estaban listos, es cierto, pero no podían llevarse a la práctica sin la existencia de un poder naval.

EL PODER NAVAL

Este concepto no es sino la parte posibilitante de los planes que se establezcan. Está compuesto por dos factores, por un lado la fuerza naval y por el otro las bases e instalaciones de apoyo a esa fuerza. El estudio de ambas resulta decisivo a la hora de considerar la aceptabilidad, la apropiabilidad o la practicabilidad de un plan.

Resulta altamente ilustrativo el remontarse en este momento al pasado para contemplar, desde una perspectiva algo más amplia. La evolución de ambos poderes navales.

Generalidades

Es curioso cómo los países se encuentran en ocasiones tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. A España y a los Estados Unidos les ha ocurrido algo parecido.

A lo largo de su explosión, y consolidación, como potencia, España tuvo que luchar para hacer valer sus derechos ante los deseos de cualquier otro país. No es sino en 1797 cuando realmente España empieza a dar los primeros síntomas de cansancio ante un esfuerzo que ya se mantenía durante tres siglos. Esto la obliga a una política de alianzas que la lleva a debilitarse terriblemente en la primera mitad del siglo XIX, lo que provoca la pérdida de una parte importante de su poder naval que se verá obligada a reponer.

Por su parte los Estados Unidos se encuentran en los mismos años en una segunda guerra contra Inglaterra que les va a servir para redefinir su estrategia global y en la que va a aparecer por primera vez el concepto de poder naval.

Es decir, en el mismo momento de la historia ambos países sintieron la necesidad de procurarse un poder naval. Los acontecimientos posteriores retrasaron este objetivo. Ambos países entran en el último cuarto de siglo sin ese poder naval y con conflictos internos. ¿Qué es lo que pasó a partir de ese momento y más concretamente en la época cercana a 1882?

El poder naval de los Estados Unidos

El desencadenante principal de la progresiva importancia del poder naval en la historia de los Estados Unidos viene dada por la eterna polémica entre el elefante y la ballena, el hipopótamo y el cocodrilo, entre Leviathan y Behemoth, entre el Ejército de Tierra y la Armada.

Alrededor de los acontecimientos de la guerra de 1812 surge, en 1882, un movimiento de firmes partidarios del incremento del poder naval, los navalistas. Su principal argumento consistía en que una poderosa fuerza naval proporcionaría el elemento necesario, para darle al pueblo, y a la sociedad, la moral necesaria para respaldar las necesidades estratégicas y políticas de la nación.

Desde 1815, los Estados Unidos habían confiado su seguridad en la *pax britannica* y en las defensas naturales del país como medios para proteger la soberanía nacional. En el caso particular de la Armada, de reducidas dimensiones, la existencia de pequeños buques dedicados al corso, patrulleros, baterías costeras y la milicia local, proporcionaban la defensa cercana que necesitaban.

El pensamiento estratégico del país, y concretamente el naval, va evolucionando a lo largo de un período de 75 años, desde 1815 a 1890, haciéndose cada día más propio aunque cimentándose en los grandes principios geopolíticos y geoestratégicos que inspiraron a su antigua metrópoli. El navalismo consistió en la dedicación permanente y total del esfuerzo de un importante grupo de pensadores, políticos y marinos, en aras de conseguir una potente Armada.

Estos navalistas constituían una élite que opinaban que la defensa nacional no podía tener, única, o como primera consideración, los problemas que podrían afectarse directamente. Reclamaban un imperio, no sólo con fines económicos, sino también como la única alternativa válida para alcanzar la grandeza nacional. Para ellos la fuerza naval resultaba la evidencia física de su mayoría de edad, como nación.

Así lo interpreta el historiador Craig Simmons y como navalistas pueden citarse a Theodore Roosevelt, James Russell Soley y a Alfred Thayer Mahan.

La estrategia naval cambia a mediados de los 80 debido a las fuertes presiones de los navalistas en el congreso para que autorice únicamente la construcción de grandes buques.

Entre el año 1881 y 1886 los programas navales de los Estados Unidos se debaten entre la necesidad preconizada por los navalistas de construir buques poderosos y la estrategia de la defensa cercana. De esta forma los programas navales. Como el presentado por el Comité Rodgers, con la modificación Chandler, vieron cómo los grandes buques se quedaban descolgados en beneficio de buques más aptos para la guerra al corso y la mejora de la defensa costera apoyada por el plan propuesto por el Comité Endicott.

En 1886 la estrategia naval abandonó la defensa costera y la guerra al comercio y la reemplazó por una estrategia de defensa adelantada que, en 1890, reclamaba de la Armada el empleo de su capacidad para satisfacer los destinos de la nación. Los navalistas aceleraron considerablemente la emergencia de los Estados Unidos como un gran poder al orientar a su país hacia agua azules surcada por una Flota preparada para la batalla contra otras fuerzas navales, aunque le hacía perder su capacidad de defensa cercana.

El *Maine*, autorizado en 1886, cinco años antes de que Mahan publicara sus conferencias de la Escuela de Guerra Naval, marca el comienzo del desequilibrio en beneficio de las operaciones en la alta mar. El escenario para la obtención de su Armada y el comienzo del imperialismo norteamericano, estaba preparado.

El 10 de marzo de 1886 el informe defendido por Hilary A. Herbert, basándose de nuevo en la guerra de 1812. Defendía la capacidad de los Estados Unidos para llegar a ser igual, sino superior, a cualquier poder naval en el mundo.

Entre 1886 y 1893, la construcción de buques se centra en los cruceros acorazados y acorazados reflejando el poder político de Roosevelt y Cabot Lodge, la influencia intelec-

tual de Benjamín Franklin Tracy y de James Rusell Soley, la ralentización en el desarrollo de nuevas tecnologías, la filosofía del poder naval de Alfred Thayer Mahan y el cambio geopolítico mundial con la aparición de Alemania, Japón e Italia como grandes poderes.

En 1889 Benjamín Franklin Tracy, a invitación del senador Eugene Hale, presenta su propuesta de construcción de 20 acorazados en 10 años. Esta idea, con el impulso definitivo del informe McCann, se va haciendo realidad a partir de abril de 1890.

En 1893 la estrategia global de los navalistas había triunfado, el partido demócrata, primero reacio, era ahora decidido y entusiasta partidario de las doctrinas navalistas republicanas, éstos renunciaron a controlar al ejecutivo y la revolución estratégica se completó.

El gran poder que empezaba a emerger, la hacía acompañado de su componente naval.

El poder naval español

El poder naval español debería haberse hecho realidad si el plan del marqués de la Ensenada hubiera llegado a buen puerto. La consecución de aquella Flota, complementada con un importante Ejército, hubiese convertido a España en árbitro de las situaciones en las que se hubiese visto envuelta. Tan evidente era la justificación de la Ensenada que, cuando el Marqués es desterrado, el embajador británico en Madrid, Mr. Keene, comunica que los grandes proyectos se han desvanecido y en España no se construirán más barcos.

Me cabe una reflexión en este punto. En 1883 se desguaza en España el último buque de guerra a vela. ¿Qué hubiera ocurrido si la Flota del marqués de la Ensenada hubiera estado presente en San Vicente y Trafalgar? ¿Hubiéramos sido tan innovadores como al final fuimos o hubiéramos pretendido seguir viviendo del próximo pasado? Sea como fuere a finales del siglo XVIII España cuenta con la segunda Flota más poderosa del mundo que desaparece casi por completo antes de transcurridos los diez primeros años del siguiente siglo.

A partir de 1810 y hasta 1884 no existe ningún programa naval que pueda merecer tal nombre, sólo los planes de desguace y reparaciones alimentan nuestros arsenales.

En el año 1818 se establece un modesto programa para comprar buques en Rusia. En 1820 el programa de Juan Jabart propone compras para sustituir aquellos buques cuya carena sea más cara que la mitad del valor de uno nuevo. En 1824 el plan Salazar consigue colocar las quillas de los primeros buques que se construyen en nuestro país después de 20 años. El 25 de febrero de 1825 se aprueba un ambicioso plan naval, de la envergadura del marqués de la Ensenada, que queda invalidada por el cambio de régimen político en nuestro país.

No existe ningún otro programa naval que pueda merecer tal nombre hasta los que establecen en 1850 los ministros Molíns y Peñaranda o el de 1877 del ministro Pavía.

El estado de la Armada y la necesidad de adecuar su composición a la situación mundial y a los compromisos de España están en la mente de estadistas y profesionales como los tenientes de navío Manuel Montero y Rapallo o el de Federico Ardois que en 1881 y 1882 presentan sus propuestas de programas navales, al igual que hace el periódico *El Imparcial*.

Hasta 1884, y tras más de medio siglo, no se presenta un auténtico programa naval, el de Antequera, que propone conseguir en 15 años una Flota moderna y equilibrada, adaptada a las realidades del país, que responda, lo más acertadamente posible, a las necesidades estratégicas de la nación y que tuviera un amplio respaldo político, este programa tiene el título de "Proyecto de Ley fijando las fuerzas navales para el año económico 1884-85".

El proyecto de Antequera, parado en el Congreso, fue sometido a la consideración de una comisión que, el 20 de mayo de 1885, presentó sus resultados introduciendo 84 enmiendas. Antequera abandona el proyecto que, a pesar de todo, sirve como punto de arranque para los programas navales del vicealmirante de la Pezuela, para el de Rodríguez Arias y para el de José María de Beránger y Ruiz de Apodaca que lo recupera, de forma definitiva, en 1896.

El programa de Antequera, que no pudo ver la luz, hubiera, sin duda, proporcionado a España el poder naval que necesitaba en los tumultuosos años de la década de los 90.

Los planes navales de ambos países se centraban en una actuación principal en el Caribe, lo que suponía un elemento de fuerza para los Estados Unidos al encontrarse el centro de gravedad de las operaciones cerca de sus bases de apoyo y un elemento de debilidad para España que no las tenía preparadas para el sostenimiento ni para el mantenimiento de la Escuadra.

Existía también un escenario secundario, establecido en las islas Filipinas, a la misma distancia de uno que del otro pero hacia el que los Estados Unidos habían sabido establecer una adecuada cadena de apoyos que a España le faltaba.

Las acciones navales en este teatro secundario tenían un doble sentido, por una parte despreocuparse de la zona y concentrar el esfuerzo en el Caribe; por otra llevar a España a tener que tomar la decisión de tener que dividir su Flota para atender ambos teatros o para dedicarla al Pacífico, lo que hubiera facilitado la acción sobre el objetivo principal de los Estados Unidos, Cuba.

La fuerza naval española era sensiblemente igual a la de los Estados Unidos, hasta tal punto que la pérdida de un acorazado podía constituir el que la fuerza española alcanzara una superioridad decisiva tanto sobre el papel como en la realidad.

De hecho, en algunos ambientes navales de los Estados Unidos se consideraba que la pérdida del *Maine* había sido decisiva y la escasa ventaja de partida con la que, técnica se contaba, se había traducido en una ligera desventaja.

Si la Flota española adquiriera una superioridad sobre la de los Estados Unidos, sería imposible, no sólo continuar, sino, con toda seguridad, empezar la guerra en el territorio insular al no poder transportar, con seguridad, las tropas y suministros necesarios para ello.

Si las fuerzas fueran equivalentes, la posibilidad de tener que abandonar a las

tropas desembarcadas por culpa de un desafortunado combate naval hacía impensable el realizar tal desembarco.

La enorme superioridad de los Estados Unidos en recursos para la guerra en tierra iba a ser totalmente neutralizada a menos, y hasta que, su fuerza naval en el Caribe fuera lo suficientemente fuerte para permitir el control permanente de las aguas que separan las islas del territorio continental.

LA CONDUCCIÓN DE LAS OPERACIONES

Los Estados Unidos

Aunque el Departamento de la Marina estaba dispuesto a asumir riesgos, éstos debían estar supeditados a la consecución del dominio del mar, de lo que dependía el resultado de la guerra.

El 1 de mayo el comodoro Dewey destruyó el escuadrón español en Manila, lo que durante un largo período de tiempo, y al cabo de forma definitiva, liberó a los Estados Unidos de cualquier problema naval en aquel teatro.

El destino final de la Flota española podría ser, las islas occidentales, Puerto Rico o, si tenía suficiente carbón, podría dirigirse directamente a Cuba, manteniéndose indetectado hasta estar cerca de su destino final.

La opción de dirigirse a la costa de los Estados Unidos sin repostar primero era improbable, las exigencias de carbón le haría tomar la ruta más corta posible y pasar por el estrecho de Barlovento entre Cuba y Haití.

Para defender la costa atlántica, se necesitarían dos escuadras, una para proteger Nueva York y otra en el golfo de Méjico. Con los medios que poseía la Flota del Atlántico sólo podía defender uno de los dos lugares.

El bloqueo en Cuba debería hacerse con dos Escuadras porque la distancia entre Cienfuegos, en la parte sur y La Habana, en el norte, los puertos más importantes de la isla y probable destino de la Flota española, impedía el realizarlo con una sola. Por este motivo, los buques que bloqueaban Cienfuegos no podían estar apoyados por grandes buques dada la necesidad de que éstos se dedicaban a la defensa de las costas atlánticas o al bloqueo de La Habana y costa norte de la isla.

La escisión de la Flota del Atlántico, sensiblemente igual a la española, la convertía en dos mitades, dos divisiones, que no la superaban y que, además, podía ser reforzada por alguno de los buques que permanecían en España.

Esta situación obligó a trasladar al acorazado *Oregón* del Pacífico al Atlántico (medida que a la vista de los acontecimientos y de la participación en ellos de este buque puede calificarse como se "providencial"), en un viaje de 66 días y 16.000 millas.

Se situó, a la primera de las divisiones en que se dividió la Flota, el llamado "Flying squadron" en Hampton Roads, ocupando una situación más central que la de Nueva York dejando de esta forma sin efectivos suficientes a las fuerzas del bloqueo.

Para bloquear la isla de Cuba era necesario, no sólo situar cruceros para detener a los mercantes, sino también el respaldo de los grandes buques que, al mismo tiempo,

cerrarían el gran puerto de La Habana. La segunda de las divisiones era la encargada directamente de establecer este bloqueo que no se extendía, al principio más allá de Cárdenas.

Los monitores los basaron en Key West para apoyar las operaciones en Cuba a donde podían desplazarse con alguna garantía dado el general buen tiempo de la zona y su escasa velocidad y movilidad.

Esto separaba a la fuerza principal, casi 1.000 millas, lo que entrañaba el peligro de que una acción española forzara a la división de Cuba a retirarse para defender la costa.

La siguiente decisión fue la de concentrarse, caso de necesidad, en La Habana, en lugar de en Hampton Roads. De esta forma se mantenía bloqueada la mayor parte de la costa, los puertos para acceso de buques españoles y al mismo tiempo se protegía Key West.

La situación de las ciudades españolas, inmediatamente sobre la costa, proporcionaba una alternativa más para las posibles acciones de la fuerza naval de los Estados Unidos como era el llevar la guerra a las costas de España y a sus líneas de comercio. Sin embargo, y al igual que con las consideraciones realizadas con Puerto Rico, no se podían distraer fuerzas del bloqueo de Cuba, además, y por razones evidentes, el comercio en sí mismo se interrumpía al actuar sobre Cuba y Filipinas, puesto que la parte más importante del mismo dependía del monopolio del comercio con los territorios españoles de ultramar con lo que realmente la guerra en la mar en Cuba y Filipinas era realmente la guerra en las proximidades de la España peninsular.

El 4 de mayo se estableció el bloqueo y el 7 se aumentó el dispositivo con una barrera al este de Martinica y Guadalupe, las islas de Barlovento de las islas occidentales, para patrullar N/S a 80 millas de las islas. El tiempo de exploración se calculó de acuerdo con una estimación de velocidad de *Cervera* que después resultó incluso inferior por lo que no tuvo éxito al darse por concluida antes del paso de aquél.

El 9 de mayo, el contralmirante Sampson decide acercarse a Puerto Rico para ver si la escuadra de *Cervera* se encuentra allí. Al recibir noticias de que el 7 se la ha visto cerca de Martinica, decide atacar San Juan el día 12 y, pese al convencimiento de que puede tomar la isla, se retira porque el principal objetivo era la escuadra de *Cervera*, la distancia a la división de Hampton Roads se había alargado considerablemente, el bloqueo de Cuba estaba descuidado y todo ello lo dejaba sin tiempo para esperar la llegada de las tropas de ocupación que tenían prevista su salida de Tampa el 14 para desembarcar en Cuba.

El conocimiento de la situación de *Cervera* hace que la flota de Atlántico norteamericana realice un movimiento de agrupación en dos fases.

En la primera los buques en Hampton Roads se desplazan a Key West. Se establece una vigilancia entre Haití y los Caicos, entre Haití y Jamaica y en el paso Mona, entre Santo Domingo y Puerto Rico. En Cienfuegos se retiraron todos los barcos menos uno por la necesidad de mantener la legalidad del bloqueo y no tener que volver a declararlo posteriormente.

En una segunda fase, el 19, la primera división, la "Flying Squadron", y los monitores salen de Key West hacia Cuba y se refuerzan los bloqueos de La Habana y Cienfuegos.

Al tener noticias, confirmadas el día 20, de la presencia de Cervera en Santiago, se amplía el bloqueo a prácticamente toda la costa sur de Cuba y se toma la isla de Pines y el pueblo de Guantánamo para refugio y carboneo.

El tiempo transcurrido sin que se observe ningún movimiento por parte de la escuadra de Cervera hace pensar que se mantiene en puerto para obligar a los Estados Unidos a continuar su vigilancia hasta el período de huracanes de septiembre.

Esta circunstancia, el cansancio y refuerzo del bloqueo, los recursos consumidos y el lento y costoso avance de la guerra en tierra hacían necesaria una acción definitiva.

La solución pasaba por obligar a Cervera a salir de puerto mediante un ataque del Ejército de tierra. Éste se llevó a cabo el 2 de julio.

España

En un principio se pensó en reforzar la presencia española en el Caribe enviando a la escuadrilla de torpederos a Puerto Rico escoltados por el *Colón* que, como no podía entrar en San Juan, tomaría carbón en St. Thomas y regresaría a España.

Ante la proximidad del conflicto "que se aproxima en tren expreso", en palabras del almirante Cervera, el 4 de abril se le comunica al ministro lo inconveniente de que la escuadrilla de torpederos siga su viaje a Puerto Rico. El almirante sugiere el ir a Madrid para recibir instrucciones y para preparar un plan de campaña al tiempo que muestra su temor por las Canarias; sugerencia que no es atendida.

El 7 de abril, desde Cuba, se empieza a reclamar la presencia en la isla de la escuadra por lo que se le ordena a Cervera el salir hacia Cabo Verde, recibir novedades a su paso por las Canarias y proteger a los torpederos por encontrarse en Europa dos buques americanos, los antiguos amazonas y almirante Abreu que, construyéndose por la casa inglesa Armstrong para Brasil, se intentó comprarlos para España y fueron vendidos a los Estados Unidos con el nombre de Albany y New Orleans.

Al principio de la guerra España tenía su Flota en dos divisiones principales. Una todavía sin formar pero de un poder considerable estaba en Cádiz, la otra, la de Cervera, formada con dos buques de la península y otros dos que venían del Caribe, se encontraba en Cabo Verde.

Las dos divisiones españolas estaban separadas por 1.500 millas cuando la guerra empezó. El 29, tras la declaración de guerra del 24 y efectos desde el 21, tuvo que abandonar Cabo Verde dada su neutralidad. Su destino era Puerto Rico. Esto dificultaba posteriores intentos de reagrupar de las dos mitades de la flota porque cualquiera de las dos divisiones de la flota del Atlántico de los Estados Unidos era capaz de bloquearla si la atrapaban en puerto. El más que previsible reagrupamiento posterior de estas dos mitades complicaban, aunque no impedían, cualquier refuerzo a la Escuadra española.

Esto obliga a pensar que la escuadra de Cervera, que poseía una muy valiosa ventaja en la constitución de un grupo homogéneo de cuatro cruceros protegidos, rápidos y muy parecidos en cuanto a condiciones maríneas y en armamento, tenía como mejor opción el retirarse a Canarias, o incluso a la península, para reforzarse y acudir en fuerza al Caribe.

No es difícil el imaginar las elevadas posibilidades que se les ofrecían a tal grupo de barcos observándolos bajo la perspectiva de la “Flota en potencia” que proporciona una amenaza tal que obliga al enemigo a restringir sus operaciones hasta que pueda ser neutralizada o destruida.

Mediante movimientos coordinados, la Flota, o en último caso, la escuadra de Cervera podría haber detenido a la división norteamericana del Caribe hasta la época de los huracanes buscando, de esta forma indirecta, la eliminación de algún buque para lo que no había reposición.

Sin embargo, la eficacia de la escuadra de Cervera estaba en entredicho tras la travesía del Atlántico aumentada en su duración por la necesidad de suministrar carbón a los torpederos. Esta travesía les llevó tanto tiempo que hizo creer a los americanos que habían regresado a España.

El 12 de mayo, Cervera se encuentra cerca de Fort de France, en Martinica, con una acuciante necesidad de carbonear, la ausencia en ese puerto de carbón disponible en virtud de la aplicación del derecho internacional y ante la noticia del bombardeo de San Juan de Puerto Rico decide, de acuerdo con la Junta de Comandantes, dirigirse a Curaçao, donde le esperaba un carbonero. Sin embargo, la dificultad de las comunicaciones con la península había propiciado que se le ordenara al citado buque dirigirse a Martinica en la correcta suposición de que la Escuadra necesitaría repostar.

El 19 de mayo entra Cervera en Santiago de Cuba, la precaria situación que se vive en la ciudad es también apercibida por Cervera que pretende alistar sus buques a la mayor brevedad y salir a la mar antes de que el 25 de mayo, y según las palabras y el control del mar en manos de los Estados Unidos.

El 27 de mayo el almirante Cámara, Jefe de la Escuadra de Reserva, recibió instrucciones para llevar a cabo operaciones ofensivas y defensivas en la costa atlántica de los Estados Unidos y el Caribe, mediante ataque a las ciudades, guerra al corso, apoyo a la escuadra de Cervera, protección de las Canarias y puertos peninsulares.

Las noticias de Filipinas hacen que el ministro de la Guerra solicite del de Marina el envío de la Escuadra de Reserva, o de o que se pueda alistar de ella, a esta zona, orden que el almirante Cámara recibe el 15 de junio.

El 2 de julio y ante el ataque desencadenado por la fuerza combinada independento-norteamericana, se le ordena a Cervera el salir para evitar el que la Escuadra caiga en manos del enemigo.

El 3 de julio de 1898, domingo, a las 0830 de la mañana, la escuadra dejaba Santiago de Cuba buscando su destino.

El 23 de julio y después de lo que un autor italiano ha calificado como el extraño “vagabundeo” por el Mediterráneo, el almirante Cámara regresa a España.

CONCLUSIONES

- A. La estrategia naval clásica demostró en esta guerra su plena validez.
- B. La fuerza naval demostró poseer las características de movilidad, permanencia y flexibilidad que la han caracterizado a lo largo de la historia.

- C. Los riesgos que se asumieron fueron compatibles con el necesario mantenimiento, en situación de disponibilidad, de las unidades más valiosas.
- D. La tecnología en sí misma no fue una garantía de superioridad.
- E. La tecnología modificó la conducción de las operaciones de las fuerzas.
- F. Las capacidades defensiva y ofensiva debieron mantenerse equilibradas.
- G. La cohesión y la uniformidad, entendidos como la habilidad en el trabajo en equipo, la disposición, en tiempo y lugar de elementos homogéneos y la existencia de normas de comportamiento comunes fueron un factor de fuerza.
- H. La proyección de la fuerza naval necesitó de bases avanzadas o elementos preposicionados.
- I. La seguridad del mando, rapidez en las comunicaciones, inteligencia del enemigo fueron elementos de fuerza en el desarrollo de la estrategia de los contendientes.
- J. Ambos contendientes minusvaloraron sus propias capacidades y sobrevaloraron las del adversario, lo que demostró la necesidad de equipos y organismos dedicados a labores de análisis.
- K. La elaboración de los planes estratégicos se demostró totalmente necesaria, ni su ciclo vital ni su desarrollo en el plano individual, y en el de las alianzas, debió detenerse.
- L. Los principios de la guerra se demostraron, una vez más, inmutables. Su consideración favoreció la toma de decisiones y su menosprecio las hizo menos apropiadas.

Cada uno de los contendientes llevó a la práctica los planes elaborados con anterioridad al estallido de la guerra, para los Estados Unidos el bloqueo y el encuentro en condiciones favorables en una batalla decisiva, les proporcionó el dominio del mar en el teatro principal de operaciones.

El almirante Cervera hizo lo que se le ordenó, se dirigió a Puerto Rico y a Cuba cuando se le cambiaron las órdenes. Con una fuerza que él estimaba inferior a la adversaria no podía, lógicamente buscar una batalla decisiva ni un bloqueo, pero debió haber explotado las posibilidades que tiene la "Flota en potencia".

La niebla que existe en el campo de batalla pudo favorecer a la fuerza española que adoleció de falta de confianza en sus propias fuerzas y de más iniciativa. Los Estados Unidos se alegraron por la suerte de haber tenido un enemigo tan poco eficaz como España y se advierten contra las posibles conclusiones que se extraigan del estudio de esta guerra, puesto que otra casualidad como ésta no es probable que se les presente en el futuro.

La división de las fuerzas, por necesidades distintas en ambos bandos, se demostró útil en el caso de los Estados Unidos que consiguió reunir las en el lugar donde se debía aplicar el máximo esfuerzo cuando fue necesario, cosa que no pudo realizar nunca España, lo que la llevó al combate en inferioridad de condiciones.

La desaparición de la fuerza del Pacífico, militarmente inoperante, no hubiera significado nada si se hubiera podido llegar al enfrentamiento con la flota del Atlántico

con la fuerza de la que se disponía en su verdadera disponibilidad para el combate. La unión de las flotas de Cámara y Cervera, incluyendo al *Pelayo*, el *Carlos V* y la *Numancia*, el *Colón* de Cervera con su artillería de gran calibre, buen carbón en los pañoles, los de munición repletos y ésta sin problemas, los torpedos eléctricos Bustamante disponibles, junto con bases de apoyo y buques preposicionados para carbonear eran elementos indispensables para llevar a cabo las operaciones navales necesarias.